



## Fallecimiento en Santander del P. Antonio García de las Heras



Dicen que las desgracias no vienen solas. Y esto es lo que le ha ocurrido a la comunidad agustiniana de Santander y, consecuentemente, a la Provincia de España. Apenas habían transcurrido unos pocos meses desde que el 8 de mayo pasado falleciera el Hermano Isidoro Vara en la capital cántabra, cuando un nuevo deceso golpea otra vez al colegio «San Agustín»

de esa capital con la muerte de otro religioso, en esta ocasión la del Padre De las Heras, como solía ser designado por sus compañeros.

Antonio, hijo de Eladio y Victorina, y 5º hijo de 7 hermanos varones, había nacido el 4 de abril de 1941 en el pueblo burgalés de Lahorra, en la zona sur de la provincia, vecino de las poblaciones de Roa y Aranda y no muy lejos del monasterio de «Santa M<sup>a</sup>. de La Vid», con el río Duero lamiendo sus contornos y llevando en sus ondas fragancias de pino y enebro. La localidad vive fundamentalmente de la agricultura, con los viñedos y caldos vinateros, como producto estrella. Un hermano, Carlos, es canónigo y chantre de la catedral burgalesa.

Con los estudios primarios realizados en su patria chica, ingresa en la escuela apostólica de Palencia (1953), donde cursa las materias humanísticas, vive el año de noviciado y emite los primeros votos (27-07-1959), depositándolos en manos del prior de la casa, P. Domiciano Bardón. Sin pérdida de tiempo se trasla-



da al convento de La Vid, donde aprende las disciplinas filosófico-teológicas, hace oblación definitiva a Dios con la profesión solemne (02-08-63) que le imparte el P. José Ruiz, y recibe los diversos ministerios eclesiásticos, coronándolos todos ellos con la ordenación sacerdotal (18-07-1965), conferida por Mons. González Arbeláez.

Y a renglón seguido el cantamisa en Lahorra, con toda la parafernalia propia de la tierra burgalesa, repleta de músicas, cohetes, vivas, enhorabuenas y religiosidad popular a raudales. Unos días de solaz con la familia y otra vez a poner los libros en movimiento, ahora en el colegio madrileño «Nuestra Señora del Buen Consejo», donde permanecerá dos años envuelto en clases, tareas disciplinarias, comedores, dormitorios y todo lo que lleva consigo un centro de 2000 alumnos, de los que 300 son internos. En 1967 pasa a Santander con quehaceres similares, y un trienio más tarde (1970) a Palencia. Aquí, además de la tarea educativa en el seminario menor, recorre diariamente durante cuatro años los 40 kilómetros que le separan de Valladolid para adquirir en su universidad un grado superior, en este caso el de filología románica.

En 1974, con el título de licenciado en el bolsillo, repite estancia en la ciudad cántabra, en la que junto con la enseñanza, asumirá la dirección de la casa, como director y superior (1977-83). Finalizada esta labor, retorna otra vez a la capital de España trabajando en los colegios «S. Agustín» (1983-91) y «Buen Consejo» (1991-99), siendo un cuatrienio (1987-91) director del primero. Y de Madrid de nuevo a Cantabria, donde vivirá sus últimos días y donde, víctima de una enfermedad maligna de pulmón, que le tuvo internado en varios hospitales santanderinos, entregará su alma al Señor el 3 de octubre de 2007, con 66 años de edad y 48 de vida religiosa.

Antonio fue un hombre de estatura media, temperamento bien asentado, inteligente, gracioso y chispeante, de verbo fácil, con la palabra siempre justa y la anécdota oportuna para abrir o continuar cualquier conversación (de su curso decía que era el segundo más listo; sólo eran dos: Isidro Escartín y él), muy sentimental (uno recuerda haberle visto enternecerse e incluso llorar con motivo de un cambio de domicilio). Fue un enamorado de la tierra santanderina, tanto de la ciudad, los pueblos y las gentes, como del clima y los paisajes marineros y del interior.

Tenía excelentes cualidades para la escritura y la predicación, pero se prodigó muy poco en ambas facetas. Fue una verdadera pena, pues de haberlo hecho, podíamos haber tenido un nuevo José María Pe-

reda y acaso hasta un Bossuet a la española. Se sentía también muy a gusto con la tierra que le había visto nacer, destacando el amor a la familia y las alabanzas que hacía de los productos vitícolas, «con denominación de origen», tanto de la zona ribereña en general, como de la bodega «García Figuero» de uno de sus hermanos. Con frecuencia sus conversaciones se teñían de estos cariños comarcales y familiares. En las convivencias campestres celebradas anualmente por las comunidades de La Vid, Palencia y Santander, su presencia estaba tan asegurada como la tortilla de patatas con la que se hacía los honores a la mesa, gozando como el que más de la naturaleza y la fraternidad.

En otro orden de cosas, Antonio fue un lector empedernido. Con frecuencia se le veía devorando libros mientras paseaba por la casa o los exteriores del domicilio, destacando siempre los relacionados con la Lengua y Literatura, de la que era gran conocedor y excelente maestro, impartíendola casi siempre a los alumnos de los cursos de bachillerato y COU. Sabía de memoria numerosos textos en prosa y verso, producto de la buena retentiva con que Dios le había dotado, recitándolos frecuentemente en clase y fuera de ella. Le gustaba también la Historia, de la que conocía al dedillo monarcas, batallas y hasta el nombre de los reyes godos.

Aunque en sus años jóvenes no hizo ascos al deporte activo, en la edad madura su «hobby» principal lo constituyeron los bolos, llegando incluso a montar una bolera en el propio colegio cántabro y asistiendo regularmente al club «La Carmencita», del que era socio. En materia futbolística solía hacerle guiños de vez en cuando al Barcelona, con la retranca de los compañeros, que eran seguidores, casi todos, del equipo local. También era amigo de los juegos de mesa, principalmente del mus. En los últimos años paseaba mucho por prescripción médica. Religiosamente cumplía con sus obligaciones espirituales y comunitarias, no desentonando nunca del resto de los hermanos.

A las horas fúnebres acudió mucho público, entre amigos, exalumnos y familiares, destacando los 43 concelebrantes de la eucaristía, que presidió el P. Provincial, Domingo Amigo, dejando caer en la homilía atinadas palabras sobre el hecho luctuoso. Y de la parroquia San Agustín al cementerio de Ciriego, donde espera la resurrección de la carne. Hasta siempre, Antonio. Descansa en paz

**P. José Villegas Delgado, O.S.A.**